

El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

Capítulo 7

ANTHROPOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Riso 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

LAS TRAMPAS DE LA FILOSOFÍA*

Dante Dávila Morey

Pontificia Universidad Católica del Perú / Universidad
Nacional Mayor de San Marcos

Desde su origen, la filosofía ha sido un saber cuestionado, una actividad de la que habría que sospechar y desconfiar con razón. En diversas épocas y de diversas maneras, las ciencias le han discutido su rigor metódico y su consistencia epistemológica; los saberes prácticos le han criticado su falta de utilidad y de relevancia social; la religión ha cuestionado lo limitado de su búsqueda y el alcance de sus afirmaciones; y el sentido común la ha considerado como una actividad que se complica innecesariamente sobre la explicación del sentido de las cosas. Así, como parte de su actividad especulativa, la filosofía se ha acostumbrado a luchar argumentativamente en cada época por afirmar su saber, por hacer frente a los ataques que en determinados momentos se han hecho virulentos y por darse un lugar en el conjunto del conocimiento. Pero, aparte de estos adversarios externos y de actitudes de saberes ajenos a la filosofía, muchos de ellos antiguos y otros de épocas recientes, hay algunos adversarios internos que actúan como trampas inmanentes al quehacer filosófico. Si una trampa es un dispositivo para atrapar, burlar o perjudicar a alguien, estas trampas han surgido en el desenvolvimiento normal de la actividad filosófica, y a veces las tenemos tan enraizadas que ni siquiera podemos darnos cuenta de cómo ni en qué momento hemos caído en sus artificios. Ellas actúan como las *aporías* de las que nos habla Aristóteles en el libro III de la *Metafísica*. Pero, mientras las *aporías* son dificultades que surgen del carácter problemático de la realidad, es decir, de la naturaleza propia de la cosa misma tal como se le presenta al espíritu atento, estas trampas surgen de un acercamiento unilateral a las dificultades o de cierta imprecisión en el planteamiento de los problemas. Por ello —y siguiendo el método que utiliza Aristóteles para examinar las *aporías*—, es necesario ubicar estas dificultades como lo que son: trampas; luego, recorrerlas para establecer la naturaleza de su extravío; y, finalmente, encontrarles una solución para encaminarnos lo mejor posible frente a ellas. A continuación, me referiré a las cinco trampas en las que considero que la filosofía habría incurrido en los últimos tiempos y que debemos considerar con seriedad: primera, la distinción entre filosofía temática e historia de la filosofía; segunda, la distinción entre filosofía analítica y filosofía continental; tercera, la distinción entre la especialización y el

* Además de ser presentado en el congreso internacional El Conflicto de las Facultades, este texto fue discutido en noviembre del año 2017 en el curso Metodología de la Enseñanza de la Filosofía de la Maestría en Filosofía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Agradezco a mis alumnos de este curso por sus agudas observaciones y sus valiosas sugerencias.

saber general; cuarta, la distinción entre filosofía crítica y filosofía académica; y, finalmente, el rumbo que está tomando en nuestros días la defensa de la filosofía en nuestro país.

La primera trampa es la distinción entre filosofía temática e historia de la filosofía. Muchas veces se ha dicho que se deberían estudiar los problemas filosóficos y no la historia de la filosofía, pues la actividad filosófica consiste en el análisis directo de ciertos temas que suscitan dificultades, sin considerar su génesis o su evolución histórica. Esta afirmación es cierta, pero a medias. Cuando nos planteamos un problema, por ejemplo, el problema de la verdad, la misma pregunta *¿qué es la verdad?* ya tiene una historia que se remonta a la pregunta por la definición establecida por Sócrates. Si nos preguntamos por el significado de la palabra *verdad* o por sus usos, este acercamiento tiene una historia que se ubica en la filosofía del lenguaje tal como se ha practicado en ciertos círculos filosóficos desde comienzos del siglo XX. Y si nos preguntamos si hemos de aceptar la verdad como correspondencia, como coherencia, la verdad en sentido utilitarista o la verdad como des-ocultamiento, cada una de estas teorías tiene una historia que consiste en ciertos momentos claves, por ejemplo, cuándo fue postulada, desarrollada, refutada o reformulada. Por tanto, el planteamiento de un problema tiene ya una historia que se revela en el mismo hecho de plantear tal problema y hacerlo de una cierta manera. Por su parte, cuando estudiamos la historia de la filosofía o la gran tradición filosófica, lo que hacemos es considerar los acercamientos y las discusiones relevantes que se han formulado con respecto a ciertos problemas. Es como si —en palabras de Rorty (2010)— estuviéramos asistiendo a una conversación de la humanidad sobre ciertos problemas que ella ha considerado importantes. Y esto significa que el mundo es, en cierto sentido, lo que pensamos y decimos de él y, por tanto, los problemas filosóficos son, en cierta manera, lo que los filósofos a lo largo de la historia han pensado y han dicho acerca de ellos. En este sentido, podríamos decir que estamos cerca de la dialéctica aristotélica, la cual considera que los problemas filosóficos han de tomar como punto de partida las opiniones relevantes que se han formulado acerca de la realidad. De esta manera, el problema de la verdad incluiría —así sea sin decirlo explícitamente— su historia, es decir, lo que acerca de ella han postulado Parménides, Platón, Aristóteles, Kant, Frege o Heidegger. Por lo tanto, la oposición entre temas filosóficos e historia de la filosofía es un falso dilema, es una trampa en la que no debemos caer. Optar solo por una de las dos posibilidades como si fuera el único acercamiento a los problemas, o no ser conscientes de que ambas consideraciones se entrecruzan, es actuar unilateralmente; es no darse cuenta de que la distinción entre ambas solo es conceptual y no real y, por tanto, perder de vista el contexto del planteamiento. Necesitamos plantear rigurosamente los problemas, pero también tomar en cuenta su historicidad, y considerar ambas posibilidades como momentos dialécticos de una realidad más amplia, que es la actividad filosófica.

La segunda trampa es la distinción entre filosofía analítica y filosofía continental. A diferencia de la distinción anterior, que solo era conceptual, se trata ahora de una distinción real, pues se refiere a dos tradiciones que existen como tales, dos estilos de hacer filosofía que han seguido sus respectivos desarrollos. Ha sido una distinción que ha caracterizado las discusiones de los últimos cien años y que, en algún sentido, está siendo abandonada. Por *filosofía analítica* se entiende sobre todo un estilo de hacer filosofía alrededor de ciertos problemas, estilo que tiene sus refe-

rentes en autores como Frege, Russell, Moore, Wittgenstein y, en los últimos cincuenta años, en Quine, Davidson, y que ha prevalecido en el mundo angloparlante, es decir, Inglaterra y los Estados Unidos. Por *filosofía continental* se entiende un estilo de hacer filosofía desarrollado sobre todo en Alemania y Francia, con autores como Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty y, en los últimos tiempos, Levinas, Derrida, Foucault, Gadamer, Habermas y corrientes como la fenomenología, la hermenéutica, el existencialismo, la deconstrucción o la posmodernidad. La distinción no ha quedado ahí, pues —como se ha señalado— en Latinoamérica, que tiene tendencia a la mimetización de lo que se hace en las metrópolis del conocimiento filosófico, en cierta época los filósofos también se dividieron en analíticos y continentales, hicieron suyos los planteamientos de los creadores e incluso asimilaron sus discusiones y se enemistaron tal como ellos lo hacían. Pero esta distinción entre analíticos y continentales podría constituir una trampa. En efecto, en primer lugar, la distinción misma no es rigurosa, pues relaciona un estilo de hacer filosofía (*analíticos*) con una referencia geográfica (*continentales*). En segundo lugar, en los últimos tiempos se ha mostrado que muchas de las conclusiones a las que han llegado filósofos de una y otra tendencia —acaso sin leerse mutuamente— eran similares o tenían aires de familia: así, los planteamientos de Wittgenstein y Heidegger con respecto al problema del lenguaje; o la concepción de la comprensión y la interpretación en Davidson y Gadamer. Por ello es que algunos filósofos como Habermas, Rorty y autores más recientes han buscado aprovechar ambas líneas filosóficas para expresar sus propuestas y han considerado que lo mejor saldrá de la unión creativa de ambas. Y esta lección es importante para nosotros los latinoamericanos, pues, por ejemplo, los alemanes y los ingleses no suelen leerse entre ellos, y esto sucede por prejuicio, por desconocimiento o por razones históricas; pero como nosotros no somos ni ingleses ni alemanes, no hay razón para no leer indistintamente a filósofos ingleses y alemanes, norteamericanos y franceses, buscando dar expresión a la filosofía desde nuestras perspectivas históricas y nuestras indagaciones espirituales. Por ello, es preciso evitar caer en esta falsa dicotomía, ya que puede empobrecer el desarrollo de nuestros planteamientos y el rigor de nuestra búsqueda filosófica.

La tercera trampa es la distinción entre la especialización y el saber general. Se ha señalado que estamos en una época de especialización de los saberes y regionalización del conocimiento y que, si alguien no se especializa, si no está al día del avance de su respectiva rama del saber y no se renueva constantemente de acuerdo con tal avance, simplemente pronto estará desfasado. Y esto es muy cierto. De acuerdo con las distinciones usuales, podríamos decir que necesitamos personas formadas con rigor en los diversos ámbitos de la filosofía, especialistas en epistemología, filosofía práctica, filosofía del lenguaje, metafísica, filosofía latinoamericana y peruana, filosofía de la mente, filosofía griega, estética, filosofía de la religión, filosofía contemporánea, etcétera. Pero, frente a la contundencia de esta aseveración, habría que precisar algunas cosas. En primer lugar, investigar si el tipo de especialización que se ha impuesto a nivel mundial, que corresponde básicamente a las ciencias naturales y las ciencias exactas —con objetos delimitados, métodos exactos y resultados verificables— se puede aplicar también a la filosofía. En segundo lugar, esclarecer qué significaría especializarse en una determinada rama de la filosofía. Por ejemplo, no es lo mismo especializarse en filosofía de la ciencia —que

supone conocer también ciertos desarrollos de saberes formales como las matemáticas o la lógica, o de ciencias como la física o la biología— que especializarse en filosofía griega —que en gran medida supone un trabajo hermenéutico y textual—. No es lo mismo especializarse en filosofía política —cuyos objetos son la administración del gobierno, las prácticas sociales de poder y las mentalidades que las rigen— que en metafísica, filosofía del arte o filosofía de la religión —donde no hay objetos de estudio precisos ni métodos exactos—. En tercer lugar, la especialización en filosofía puede hacernos perder de vista el conjunto del saber o los contextos generales de producción del saber que, bien considerados, pueden ayudarnos a comprender la complejidad de los problemas filosóficos, e, incluso, ser fuentes de inspiración para el cultivo de la filosofía en general y la especialización en particular. Por ejemplo, para un epistemólogo no sería inútil conocer las condiciones políticas, sociales y económicas que en muchos lugares han permitido y permiten generar conocimiento científico; para un especialista en filosofía práctica no sería inútil conocer las fuentes de la religiosidad que muchas veces han generado o han estado en la base misma de los planteamientos políticos o los movimientos sociales; para un filósofo de las matemáticas no sería inútil conocer cómo surgió la escritura entre los griegos, acontecimiento espiritual que favoreció el surgimiento del pensamiento abstracto y la especulación filosófica. Por ello, es necesaria la especialización. Pero ella misma, llevada sin discernimiento hasta sus últimas consecuencias, puede conducirnos a una ceguera que nos impide investigar renovadamente los principios de la realidad, a un saber desenraizado que no percibe el suelo del que surge y en el que se realiza todo conocimiento. Puede conducirnos a una especulación rigurosa, pero descontextualizada, que olvida que la filosofía no debe perder su vocación primera: el planteamiento de las preguntas de fondo y el esclarecimiento de las fuentes de sentido de la realidad (Abugattás, 2005).

La cuarta trampa es la distinción entre filosofía crítica y filosofía académica. Es una distinción que se suele manejar en algunos lugares donde la filosofía ha sido reducida a ser solo un arma de la transformación social. De acuerdo con esta distinción, se entiende por *filosofía crítica* una forma de hacer filosofía que concibe que en toda producción de ideas es necesario, ante todo, considerar sus condiciones sociales, su realización política y su autoconciencia histórica; y por *filosofía académica*, una forma de hacer filosofía que se concentra en la hermenéutica de los textos y la autoridad de los autores, sin tomar en cuenta las condiciones materiales ni la dimensión política e histórica que están en la base de toda producción intelectual. El filósofo crítico comprendería los planteamientos para aplicarlos a la realidad; el filósofo académico memorizaría a los autores por el solo hecho de memorizar y de conocer, sin saber exactamente para qué lo hace. El filósofo crítico sería un dialéctico materialista y el filósofo académico, un idealista o un religioso encubierto; el primero sería un creador de conocimiento y el segundo solo un repetidor. Ahora bien, esta distinción, lejos de ser esclarecedora, es altamente confusa. En primer lugar, tiene una orientación política por la cual una filosofía solo se verifica por su relevancia práctica; pero esta manera de concebir la filosofía no asume que las ideas de verdad, conocimiento y práctica, por las cuales mide a otras maneras de hacer filosofía, solo tienen sentido en el contexto de una filosofía históricamente determinada, el marxismo. ¿Cómo evaluar desde esta distinción, por ejemplo, los planteamientos de Parménides, Platón, Kant o Wittgenstein? En segundo lugar, la

palabra *crítica* proviene del griego *krinein*, que significa *discernir, separar, analizar*. Por ello, todos los grandes filósofos han sido críticos, porque sobre la base del discernimiento riguroso han establecido distinciones especulativas que les han permitido miradas novedosas y creadoras del conjunto de la realidad. Parménides es tan crítico como Kant, Platón como Marx, Heráclito como Wittgenstein y Spinoza como Nietzsche. Y es más, los filósofos no solo han interpretado el mundo, sino que han buscado transformarlo de muchas maneras, cada uno a su estilo, pues las transformaciones no solo son materiales y políticas —como se pretende hacer creer—, sino también mentales, valorativas y espirituales. En tercer lugar, la denominación *académico* con tono peyorativo es altamente equívoca. *Académico* es un derivado de *Academia*, que fue la institución educativa fundada por Platón para cultivar y difundir su filosofía. Por extensión, es toda institución cultural donde se cultiva y se difunde el conocimiento. Pero la pretensión de que el saber que se cultiva es solo memorístico y sin vínculo con la realidad, solo repetitivo y nada creativo, es un desconocimiento completo. En la Academia, tanto en la Antigua como en sus equivalentes modernos y contemporáneos, que son las universidades, se han creado grandes ideas y se han generado especulaciones profundas y rigurosas. Sin el saber académico, tan menospreciado por sus críticos, ellos mismos no podrían ni siquiera formular sus objeciones con algún grado de claridad. En resumen, la distinción entre filosofía crítica y filosofía académica es poco útil, es una trampa en la que no debemos caer, una distinción que habría que disolver. Hay crítica dentro de la Academia y fuera de ella; hay creación dentro de la Academia y fuera de ella. Ahora bien, sin desconocer los condicionamientos sociales, económicos, políticos e históricos de todo saber; y sin desconocer el peligro que significa someter el conocimiento a las implacables leyes del mercado, pero sin caer en reduccionismos que no le hacen justicia a la complejidad y riqueza de los problemas filosóficos, lo que deberíamos buscar es que la filosofía sea entre nosotros una actividad rigurosa, una labor creativa, con vocación de universalidad, enraizada en sus tradiciones, pero por sobre todo atenta y abierta al despliegue de sus posibilidades.

Y la quinta y última trampa a la que quisiera referirme está relacionada con el rumbo que está tomando en nuestros días la defensa de la filosofía a nivel mundial y en el Perú en particular. Es necesario defender la filosofía. Pero la trampa en la que podríamos caer estaría en que, si no hacemos las precisiones necesarias, esta afirmación podría resultar contraproducente e ir en contra de la filosofía misma. Se trata de pedir que la filosofía vuelva a los colegios. Este es un reclamo que considero válido. Pero, para que sea tomado en cuenta y sea persuasivo, es necesario hacer algunas consideraciones. Primero, pensar cuál sería su contenido, pues se requiere actualizar sus temas y problemas, de modo que se presenten como útiles y formativos frente a las nuevas exigencias de nuestro tiempo y en nuestro país. Pienso que podría incidirse en temas de epistemología (que incluyan, por ejemplo, el debate entre la defensa del método científico postulada por Popper y la idea de las revoluciones científicas postulada por Kuhn) y de filosofía práctica (que incluyan por ejemplo, temas de ciudadanía, interculturalidad, conflictos sociales, derechos humanos, exclusión y reconocimiento). Segundo, pensar en los métodos de enseñanza. El saber de nuestra época es holista (pues todos los conocimientos están interrelacionados) y altamente cambiante (tanto por su producción cuanto por su difusión). Los niños y jóvenes tienen hábitos de aprendizaje muy novedosos, debido en

parte a la irrupción de las técnicas de comunicación en todas las esferas de nuestras vidas. Por ello, es necesario pensar en hacerles llegar los contenidos significativos de la filosofía, pero tomando en cuenta sus hábitos para recibir, procesar y expresar los conocimientos. En este sentido, sería importante, entre otras cosas, que, como parte de nuestro compromiso con la educación nacional, nuestros filósofos produzcan libros de texto claros, rigurosos, didácticos y actualizados, tal como en su época lo hicieron Augusto Salazar Bondy y Francisco Miró Quesada; y que piensen también en crear material audiovisual para difundir e incentivar el cultivo de la filosofía en sus diversos niveles. Una tercera consideración —y acaso la más delicada— es con respecto a quiénes tendrían que enseñar. Necesitamos personas preparadas y competentes, tanto en los contenidos como en los métodos de enseñanza. En este momento, quienes están mejor preparados son los egresados de filosofía de las pocas especialidades de Filosofía que hay en el país. Tienen el mejor conocimiento para ello y podrían actualizarse rápidamente en las técnicas pedagógicas requeridas. Ellos deberían tener la prioridad y ser secundados por educadores que se hayan especializado en filosofía y profesionales que podrían capacitarse para su ejercicio. Deberíamos tratar de evitar su dictado por personas sin la preparación ni la competencia necesarias, profesores que —como solía hacerse— aceptaban el encargo solo para cubrir sus horas lectivas. No olvidemos que un curso mal dictado en estos niveles puede generar en los alumnos un rechazo de por vida; y un curso bien dictado puede despertar en ellos vocaciones o por lo menos un respeto hacia la filosofía, así no se dediquen estrictamente a ella. Es necesario hacer estas tres consideraciones para no caer en una trampa por omisión, pues si no las hacemos, daría la impresión de que pretendemos que la filosofía retorne a los colegios en las mismas condiciones en las que se encontraba cuando se la excluyó, que fueron precisamente las que para muchos justificaron tal exclusión. Pero hay una cuarta consideración, que es un problema de fondo. Y es si el curso de filosofía cabe en el sistema educativo vigente o si se requiere un cuestionamiento del sistema educativo mismo. Pienso que es preciso pensar y discutir sobre una reforma educativa en su conjunto, que involucre por lo menos dos aspectos: por un lado, la articulación de los diversos niveles de enseñanza, es decir, los estudios iniciales, la primaria, la secundaria, los estudios universitarios y la formación técnica; y, por otro lado, si el desarrollo curricular de los colegios se orientará por el desarrollo de materias o si estamos preparados para un desarrollo por competencias, que es lo que se ha implementado en los últimos tiempos y con resultados nada alentadores (o si cabe otra posibilidad). Pero toda esta discusión no puede ser solo teórica ni técnica, sino que debe tomar en cuenta las condiciones materiales, económicas, sociales y políticas del país, tomar en cuenta las prácticas y la mentalidad de nuestra gente; y, además, debe ser una discusión amplia que considere como interlocutores válidos a los diversos agentes que participan en la educación, es decir, los maestros, los estudiantes, los especialistas, los gremios educativos, los padres de familia, el sector privado, etcétera. Necesitamos una educación inclusiva y de alta calidad, pero que no esté elitizada ni por el dinero ni por la Iglesia, tal como lo está hoy. Necesitamos sobre todo una buena educación pública. Quizás sea un buen momento para que nuestros filósofos discutan sobre el problema de la educación y, sobre todo, sobre la educación que requiere el país. Es un problema de fondo en el que estamos involucrados todos y en el que se juega el futuro de la educación en general y de la filosofía en particular.

Ahora bien, sin perder de vista la reforma que desde hace tiempo reclama en el país la educación en su conjunto, por ahora quizás lo mejor sea pensar en las condiciones para la inclusión de la filosofía en el sistema educativo vigente. Con tal objetivo, tendríamos que formular buenas razones sobre lo que se ha de enseñar, sobre su contenido, su método, su valor y sobre quiénes la enseñarían; razones lo suficientemente persuasivas para que susciten interés y aceptación cada vez mayor, y de sectores cada vez más amplios. Por ello, no cabría distraerse por el momento con un problema secundario que también podría actuar como una trampa, que consiste en el intento de reemplazar en los colegios el curso de Religión o el de Educación Cívica por el de Filosofía. Todo eso se discutirá con seriedad en su debido tiempo. En cualquier caso y en cualquier circunstancia, es preciso persuadirnos y persuadir de la necesidad de defender la filosofía, su cultivo serio, su vitalidad, su valor creativo, su sentido para nuestra vida individual y colectiva. Defendamos la filosofía, pero sin caer en falsos problemas ni en trampas que bien podríamos evitar. Y ojalá que esta defensa en la que de diversas maneras estamos involucrados todos —y no solo quienes hemos hecho de ella nuestra morada y nuestro aliento— pueda contribuir a consolidar algo que requerimos para seguirla cultivando en estos tiempos difíciles: una comunidad filosófica entre nosotros.

Bibliografía

- ABUGATTÁS, Juan (2005). *Indagaciones filosóficas sobre nuestro futuro*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- ARISTÓTELES (1994). *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- GIUSTI, Miguel (2015). *Disfraces y extravíos: Sobre el descuido del alma*. Lima: FCE.
- HEIDEGGER, Martin (1997). *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- LI CARRILLO, Víctor (2008). *La enseñanza de la filosofía*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Garcilaso de la Vega - Instituto Porras Barrenechea.
- LYOTARD, Jean-François (2012). *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias*. Barcelona: Paidós.
- RORTY, Richard (2010). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- SANTUC, Vicente (2005). *El topo en su laberinto. Introducción a un filosofar posible hoy*. Lima: Universidad Antonio Ruiz de Montoya.
- UNESCO (2011). *La filosofía: una escuela de la libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro*. Ciudad de México: UNESCO - Universidad Autónoma Metropolitana.